

EN EL CORAZÓN DE LA  
Nereida  
LIBRO II SERIE DIOSSES EN LA TIERRA

*Hilda Rojas Correa*

# PRÓLOGO

*Al sur del Nuevo Mundo. Cuando todavía era joven.*

La nereida cayó al suelo dando un golpe seco. El dolor inclemente se propagó en todo su cuerpo como una oleada furiosa y demoledora. Un desgarrado alarido rompió su garganta en medio de la tormentosa noche. El viento frío silbaba trayéndole el olor a salitre del mar.

Intentó ponerse de pie, mas sus fuerzas flaquearon. Debía levantarse por Nawel, el humano al que amaba, y por Leftrarú, el hijo que habían engendrado, el cual era apenas un bebé. La nereida rogó fervientemente a los dioses que los protegiera, que estuvieran a salvo. Sus dedos se aferraron a la tierra húmeda, sin embargo, era poco el poder que podía extraer de su elemento, el agua.

Un pie aplastó su mano sin misericordia y la nereida sintió cómo sus huesos crujían. No quiso gritar otra vez, apretó las mandíbulas acallando su tormento y comenzó a resollar de ira, tristeza, dolor, desesperación y frustración.

¡Maldito Zeus! ¡Maldito fuera!

—¡Has osado mezclar tu sangre ancestral y divina con la de un sucio humano! —tronó la voz profunda del dios del rayo. La miraba desde arriba con desdén. Retiró su pie, no sin antes dar un último y humillante pisotón—. Has mancillado el linaje de tu venerable padre. Nereo estará avergonzado de su hija, no importa lo orgulloso que él esté de ti, tu comportamiento ha sido ignominioso.

—No sea un hipócrita, «oh, gran señor» —ironizó la nereida. Ni siquiera en el peor momento desaprovechaba la oportunidad para escupir su rebeldía ante el rey de los dioses—. Usted ha tomado a cuanta humana ha deseado, sin importar su voluntad. Ha deshonrado a seres puros con su irrefrenable y ofensivo deseo.

—Tú no eres la reina del Olimpo. El yacer con humanos es un privilegio del que solo goza tu regente —replicó, indolente. Para él, ese era el orden natural de su mundo, en donde las reglas que él imponía para los demás, no aplicaban para su persona—. Como deidad menor podrás regir en el Nuevo Mundo, mas eso no te otorga ningún privilegio. —Resopló burlón—. Ni siquiera tu pueblo nos rinde tributo cómo se debe. Su adoración es una pobre imitación del pueblo griego.

—Esta es mi tierra —respondió la nereida—. Yo veré cómo me tributan los lafkenche<sup>1</sup>. Para mí es suficiente con su respeto.

—Eres una nereida, no una diosa. Tu poder no es suficiente para doblegarme —rebatió con sorna—. ¿No te das cuenta de que eres un ser inferior?, ¿o quieres que vuelva a darte una demostración de lo poca cosa que eres?

La nereida no contestó. Había sido derrotada. Fue iluso de su parte pensar que el poder del dios del rayo iba a menguar en las costas del Nuevo Mundo. El error lo estaba pagando demasiado caro. Zeus era poderoso, implacable.

Ella llevaba siglos en esas costas, donde los habitantes de ese lugar la llamaban Caicai-Vilú, la gran serpiente marina. Esa era la forma que usaba para presentarse ante ellos y demostrar su poder. Propiciaba que las pescas fueran abundantes, protegía a los naufragos, y calmaba las aguas de ese vasto y frío océano, para que los lafkenche pescaran sin peligro.

Eran un pueblo hermoso, que vivía en armonía con la naturaleza. A la nereida le gustaba estar con ellos, incluso mezclarse y tener una vida ordinaria, haciéndose pasar por una joven huérfana. Así conoció a Nawel. Él era el *Werkén* de la comunidad, hombre de confianza y mensajero personal del *Lonco*, el cabeza de la comunidad, de quien también era su hijo menor.

A medida que su amor echaba raíces en sus corazones, la nereida tuvo que confesarle su secreto. Él la amaba, tanto que no le importó el origen divino de la nereida, aun sabiendo que su tiempo juntos era finito. Sus almas y sus cuerpos se habían enlazado en una sagrada unión, proclamando un juramento inquebrantable. Al poco tiempo nació Leftrarú, el fruto de su vínculo sagrado.

La nereida era una divinidad benevolente, pero también manifestaba su ira cuando no le tributaban como correspondía. Cuando eso sucedía hacía escasear peces y desataba tormentas. No obstante, ella no pedía demasiado, solo fiestas en su honor y respeto a la naturaleza. La furia de Caicai no era terrible, su enojo no llegaba a los extremos que podía alcanzar Zeus, quien se entrometió en su territorio para ganar el favor y adoración de los habitantes del pueblo y, de este modo, obtener más poder. El dios del rayo tomó el nombre de Tentén-Vilú, la serpiente de tierra.

<sup>1</sup> *Lafquenche* o *lafkenche* (del mapudungún *lafkenche*, «costeño» de *lafken*, «mar» y *che* «persona») son uno de los grupos que conforman el pueblo nativo mapuche, habitantes de la zona denominada *Lafken Mapu* (Cordillera de la Costa y litoral de la región de La Araucanía, la provincia de Valdivia y parte de la región del Bio Bio, en la zona sur de Chile).

Todo había salido mal, era imposible que ambos pudieran coexistir en paz en un mismo lugar. Zeus no admitía que la nereida fuera más querida y adorada por los lafkenche. Por lo tanto, debía expulsarla a toda costa.

El plan fue sencillo y artero. Zeus, para ganar el favor de los humanos, la acusó en frente de su pueblo de estar disconforme con sus tributos y que, por ello, los iba a eliminar. Esto desató la cólera y el temor de los lafkenche, quienes ahora pensaban que Caicai-Vilú era terrible, vil, arrogante y veleidosa, y Tentén-Vilú, el buen y generoso señor.

La pelea fue violenta y descarnada. Zeus no pudo predecir el poder de Caicai. En su forma de colosal serpiente marina, la nereida desencadenó una catástrofe que jamás quiso provocar; las aguas subieron demasiado inundando toda la costa, y un fragmento enorme de la tierra se separó del continente, formando una isla.

Ante la emergencia, y ejerciendo su rol de «protector», Zeus llevó a los sobrevivientes a tierras altas, mientras tanto, a los ahogados, Caicai los convirtió en peces que olvidaron su pasado humano. Hacer aquello supuso una merma importante de su poder. La brega estaba siendo pareja hasta que ella tuvo que decidir en qué empleaba su poder.

Y lo había perdido todo.

En ese momento se encontraban en la isla recién formada y que flotaba a la deriva, al tiempo que sus bordes costeros se desmoronaban formando acantilados. Zeus la había vencido propinándole un horrendo castigo y humillación.

—Nawel... Leftraru —susurró la nereida, suplicando a los dioses.

—Están muertos —reveló Zeus con voz monótona y apática.

La nereida miró al dios del rayo con los ojos desorbitados. Tardó eternos segundos en procesar las dos palabras que destruyeron su corazón.

—Murieron aplastados por las rocas cuando separaste este fragmento de tierra —agregó el dios del rayo, con un leve tono de cruel burla. La humillación y el dolor de su enemiga debía ser absoluto y contundente.

—¡¡¡Noooooooooooooooooo!!!! ¡¡¡Es mentira!!! ¡¡¡Eres un sucio mentiroso!!! —acusó la nereida sin poder sentir la presencia de Nawel o Leftraru, lo que confirmaba las palabras del rey de los dioses.

Se miró los brazos; sus tatuajes divinos ya no estaban, la prueba de amor verdadero había desaparecido de su piel. Cuando se consumaba el amor con un humano, dejaba marcas de color negro en ambos cónyuges. En el caso de los vínculos entre dioses, se dibujaban entramados dorados.

Si no estaban sus tatuajes, era porque Nawel ya no estaba vivo. Esto también quería decir que su hijo había perecido, puesto que él estaba con su esposo. En su pecho sintió un vacío infinito, como si le hubieran arrancado el corazón y dejaran en su lugar, una masa de músculos que solo bombeaban icor.

El profundo dolor de la pérdida le dio una súbita fuerza. Ciega de desdicha, la nereida se abalanzó hacia Zeus, dispuesta a enterrar sus pulgares

en los ojos del dios del rayo, mas él frenó su acometida con una sola mano, encerrando su garganta y la alzó en vilo.

—Te odio y te maldigo. Tarde o temprano perecerás —masculló la nereida con el poco aire que entraba en sus pulmones. Desesperada, se aferró al antebrazo del dios para poder respirar mejor.

Zeus la ignoró. Ya se había aburrido de ese juego.

—Tu castigo será ser odiada por todo tu pueblo. No habrá semilla capaz de preñarte y jamás podrás engendrar ni ser divino ni mortal —sentenció Zeus sin mayor preámbulo. En sus labios se dibujó una sonrisa siniestra, mientras apuntaba hacia el vientre de la nereida con el dedo índice de su mano libre.

La nereida, horrorizada, sintió que la carne de sus entrañas se estiraba hasta no dar más.

—Te arrepentiráááááááá —gimió la nereida para soportar la agonía de sentir cómo su interior se desgarraba—. ¡¡¡Te maldigoooooo!!!

Un inenarrable dolor atravesó su vientre que le arrancó un estrangulado alarido. Caicai intentó mitigar su tormento enterrando sus uñas a la fuerte muñeca del dios del rayo, mas fue inútil. Entre sus piernas, el icor dorado comenzó a manar profusamente. No pasó demasiado tiempo y un hilo de su sangre divina tocaba la tierra agreste, dotándola de fecundidad, la misma que perdía la nereida poco a poco.

—No quiero verte más —advirtió Zeus—. Mientras yo esté residiendo en el continente, no deseo ni siquiera sentir tu repugnante hedor a humano. Considera esta isla como tu compensación. No soy tan malo, después de todo.

Zeus la lanzó a la tierra como si fuera una muñeca rota y desmadejada.

Un haz de luz divina engulló al dios del rayo y, en pocos segundos, desapareció.

La nereida lloró desconsolada, ovillada en la tierra húmeda, lamentando su inefable pérdida y queriendo morir para alcanzar a Nawel y Leftrarú. Pero no podía, en su dolor también había orgullo; si sucumbía a la tentación de seguir las almas de su esposo e hijo, solo regocijaría a Zeus, y ella se transformaría en una lección para aquellos que osaban desafiar al rey de los dioses.

La nereida decidió, vehemente, en no darle en el gusto.

La sed de venganza la conminó a recuperar fuerzas, aunque no fuera capaz de dejar de llorar. El oscuro cielo también comenzó a derramar lágrimas que mojaban la tierra y embravecían el gélido océano, pero que también le brindaban un aliciente a su dolor físico, mas el del alma, iba a ser eterno.

—Es mi culpa... perdóname, Nawel... mi pequeño Leftrarú —sollozó con el pecho adolorido—... Mi Leftrarú...

Necesitaba llegar al mar o perecería. Se arrastró, a duras penas, por el fango hacia la orilla del acantilado. No importaban las rocas que esperaban abajo su caída, pues también rompían las olas de las aguas que le daban vida, fuerza y poder.

No obstante, a la nereida le quedaba una alternativa que le daba una pequeña luz de esperanza, en medio de toda esa desolación. Ya había desafiado a Zeus, hablar con Hades suponía un peligro mucho menor. Y, a pesar de que no sabía qué ofrecerle al dios del Inframundo para que le devolviera a Nawel y a Leftraru, no perdía nada con preguntar. Después de todo, sentía que ya no tenía alma.

Hades era impredecible y caprichoso, pero su crueldad no se comparaba con la de Zeus. Era un dios mucho más razonable.

Al alcanzar el borde del acantilado, la nereida inspiró hondo, anticipando el dolor del impacto. Entornó sus ojos, encomendándose a los dioses, rodó su cuerpo y se dejó caer.

# CAPÍTULO I

*Monte Olimpo, equinoccio de primavera, 2019.*

Caicai jadeó con dolor y se incorporó de súbito en su cama. El pecho subía y bajaba con frenesí, al mismo acelerado compás de los latidos de su corazón. Miró en todas direcciones, desorientada, y se percató del silencio y oscuridad del lugar. No tardó demasiado en recordar que estaba en la habitación de invitados del palacio de Hefesto, el Señor de los Cuatro Elementos.

El dios que le arrebató la vida a Zeus hace ocho meses.

Había pasado una cantidad abrumadora de años para que sus palabras dichas con dolor y cólera, se hicieran realidad.

Zeus estaba muerto. Hefesto era el soberano tanto por derecho como por destino. Era un dios especial, ya no era solo el dios del fuego y la forja, sino que en él convergían todos los elementos esenciales para la vida; tierra, aire, agua y fuego. Y, además, tenía un singular vínculo con los humanos a través de su esposa, Millaray, una mortal descendiente de dioses, quien obtuvo poderes e inmortalidad, mediante su unión de amor verdadero y el ritual de Deméter. Millaray, era la única que lo había llevado a cabo con éxito.

Hefesto, siendo el nuevo rey, decidió que no ejercería su poder como Zeus, ni tampoco tomaría decisiones ni emitiría juicios sin consejo. Como primera medida de su reinado, decretó que no sería una monarquía absolutista, tenía que compartir su mandato junto a los regentes de los vastos reinos del mar y el Inframundo; Poseidón y Hades. Junto a ellos gobernaba. Eran un triunvirato.

Debieron transcurrir tres sucesiones de poder: de Urano a Crono, de Crono a Zeus y de Zeus a Hefesto, para que los dioses se dieran cuenta de que gobernar el Olimpo no era una tarea aconsejable para un solo dios.

El poder corrompía.

El poder mataba el amor.

El poder enloquecía.

El poder traía muerte.

Y las consecuencias de aquello acarrearón una total debacle. Gracias a los excesos del Olimpo gobernado por Zeus, los dioses habían perdido su poder, fueron castigados por el Creador de los Cuatro Primeros, aquella entidad incognoscible que les había dado vida a los dioses ancestrales.

Los humanos ya no creían en los dioses y, con el paso de los siglos, inexorablemente, ellos se convirtieron en mitología.

Para variar, Zeus mintió acerca del castigo del Creador, tergiversó su mensaje y reveló solo lo que le convenía a él para mantener su gobierno sobre el Olimpo.

Según el dios del rayo, sus poderes se conservarían solo para mantener el equilibrio del mundo, mas no podían cambiar el destino o curso de la historia de la humanidad con sus intervenciones. Esa regla se aplicaba a todos los dioses, ni siquiera los titanes que habían sido liberados del Tártaro, conservaron su poder, por lo que estos dioses ancestrales y primitivos se fundieron en sus elementos y no se manifestaron más.

El poder del resto de los dioses se relegó a ser solo fuerzas intangibles de la naturaleza, entidades divinas sin derecho a gobernar a ningún humano.

Zeus decretó que los dioses podían partir del Olimpo en libertad, mas no debían mezclarse ni revelar su identidad a un humano y mucho menos engendrar. Lo que en realidad era falso. Los dioses sí podían relacionarse con los humanos, incluso demostrar su poder y procrear, siempre y cuando existiera entre ellos un amor verdadero, mutuo y eterno. Asimismo, los dioses perdieron su capacidad de engendrar entre ellos, si no cumplían con el requisito.

Los dioses debían aprender a amar.

Desde el principio de los tiempos, pocos habían logrado alcanzar aquello y mantenerlo a través de los eones.

Nereo y Doris.

Hades y Perséfone.

Hefesto y Millaray...

—Nawel —susurró Caicai en medio de la oscuridad, recordando al amor de su vida y la forma de sus tatuajes divinos. Nadie sabía que ella había enlazado su alma con un humano. Su historia en el Nuevo Mundo fue tan insignificante para Zeus, que él nunca lo reveló a nadie.

Aun así, Caicai no olvidaba a Nawel. Tampoco olvidaba el trato que le ofreció Hades para recuperarlo.

*—Has tenido la osadía de bajar al Inframundo y perturbar mi interminable melancolía por la ausencia de mi amada esposa —amonestó Hades con dramatismo, repantigado en su trono—. Eres muy valiente, no digamos que hacer una visita a*



mi reino sea un destino turístico muy popular entre los dioses. Definitivamente, tienes una muy buena razón. Una muerta, lógicamente, de lo contrario no estarías importunándome. Habla, nereida.

Caicai tragó saliva. Tenía una postura reverente y humilde, la rodilla en el suelo y la palma de su mano sobre su pecho. Llenó de aire sus pulmones e, intentando conservar su templanza, le contó lo sucedido al señor del Inframundo, sin perder ningún detalle.

—¿Desafiaste a Zeus?! —exclamó Hades, inclinándose hacia adelante—. ¿Y todavía estás viva? ¡Vaya! ¡Eres una nereida muy especial!... o una muy tonta —masculló para sí mismo, pero, de todos modos, Caicai lo escuchó—. Por lo general, las deidades de tu clase terminan siendo poseídas a la fuerza por mi hermano y, a la postre, pariendo vástagos no deseados, a los cuales Hera suele acosar tanto como a sus pobres madres. Esto es, en verdad, inaudito.

—¿Me va a ayudar, mi señor? —preguntó Caicai, alzando su triste mirada—. ¿Me puedes devolver el alma de Nawel y Leftraru?

—Pequeña nereida, estoy a punto de llorar. No obstante, tengo reglas en mi reino, y no puedo quebrantarlas solo porque vienes aquí a pedírmelo, sin ofrecer nada a cambio. —La miró, severo—. Pero sé que tu historia es verdadera. El alma de tu humano fue muy llamativa, partiendo por el hecho de llegar sin la ayuda de Hermes y no tener tributo. Pero claro, las cosas están cambiando con el Nuevo Mundo y sus costumbres funerarias. Nadie sabe lo difícil que es ser el señor del Inframundo, cada vez es más complicado lidiar con el pago al barquero, y no puedo tener el río Aqueronte lleno de almas esperando cien años, porque no pueden pagar con óbolos —divagó—. En fin, tu humano cruzó el río y fue juzgado. Por decisión unánime de Minos, Éaco y Radamantis, fue sentenciado descansar en las Islas de los Bienaventurados. Resultó ser todo un héroe.

Por una parte, Caicai se alegró mucho. El alma de su esposo estaba en un lugar maravilloso. Por otra parte, la congoja gobernaba su corazón, no lo iba a ver nunca más, ella no era digna de alcanzar ese lugar.

—¿Y mi hijo? —repuso Caicai con sus ojos anegados en súbitas lágrimas.

—Tu humano llegó solo, antes de perecer logró salvar a tu hijo. —Caicai ahogó un grito, su corazón comenzó a latir rápido de pura esperanza. Tras una breve pausa, Hades continuó—: Las moiras ya han hilado su destino, por lo que su tiempo no ha llegado, y más vale que no vayas a buscarlo. Si Zeus te descubre, lo matará sin piedad... Confórmate con el consuelo de que tu sangre le dará una vida larga y buena fortuna. No hagas que el sacrificio de tu humano sea en vano.

Caicai asintió, el rey del Inframundo tenía razón.

Pero seguía siendo egoísta, quería a Nawel, su vida en común ni siquiera llevaba dos años. Apenas un suspiro en su larga existencia.

Para Hades, las pretensiones de la nereida eran evidentes. En todo caso, él la entendía. Cuando el amor era verdadero, la muerte se transformaba en una barrera inaceptable. No era un mero capricho de ella, ni estaba llevada por la pasión, y el humano, a pesar de haber traspasado el reino de los muertos, conservó sus tatuajes divinos por un poco más de tiempo, solo por el intenso deseo de volver con su amada.

—Tu historia me ha conmovido y ha sido lo único divertido que me ha sucedido en estos aciagos meses sin Perséfone, así que lo tomaré como tu pago por mi favor. —Caicai contuvo el aliento, aún tenía esperanza—. No es fácil atraer mi atención, tu trágica historia y absurda petición, lo ha hecho. ¿Qué puedo decir? Soy un romántico. Sin embargo, como ya te dije, no puedo devolverte a tu humano —sentenció Hades. El alma de Caicai se le fue a los pies—. Peeero...

—¿Pero!?

—Soy el regente del Inframundo, el amo y señor, y puedo hacer lo que se me plazca, incluso retorcer mis propias reglas. Sin embargo, no puedo devolverte a tu humano con un simple chasqueo de dedos. No, señor, así no son las cosas. Al estar en las Islas de los Bienaventurados, tu humano ha perdido la noción de lo que fue, puesto que su memoria primigenia reside en una parte oculta de su alma. No te recuerda y no lo hará hasta que vuelvan a encontrarse y tu amor le muestre el camino para que su alma te reconozca. Lo cual puede ser muy ventajoso para ambos, pues, de este modo, Zeus no descubrirá nuestra treta y, de paso, pondrás a prueba la fuerza y constancia de tu amor.

—No entiendo, ¿qué está proponiendo, mi señor? —repuso Caicai, anticipando que la respuesta de Hades no le iba a agradar para nada.

—Te devolveré el alma de tu humano, volverá a nacer en la tierra y hará su vida mortal. ¿Dónde estará? Ni idea. ¿Cuántos años vivirá? Ni idea. Nacerá una y otra vez como un espíritu errante hasta que lo encuentres. Reencarnación le llaman algunos humanos.

—Me estás dando una misión colosal, mi señor. Los humanos se multiplican año a año, no lo encontraré jamás.

—Tu alma vagará como la de él, es lo más justo. Un vínculo tan fuerte no podrá ser roto, ni siquiera por el mismo Zeus. Tarde o temprano se encontrarán.

—¿Nawel me recordará cuando me vea? ¿Cómo lo reconoceré? —preguntó resignada a su eterno sino.

—Lo sabrás. Tus tatuajes volverán en cuanto él toque tu piel, pero los de él, no. Deberá enamorarse de ti de nuevo para que eso suceda y, como ya dije, el amor vinculará su presente con su pasado... Te recomiendo que no llates demasiado la atención en tu búsqueda. Una cosa es que Zeus no haya dicho nada sobre tu pequeña rebelión en el Nuevo Mundo, y otra, muy diferente, es que la olvide.

—¿Y si encuentro a Nawel siendo un anciano? —interpeló.

—Vaya dilema, mas tú decidirás, según sea lo más conveniente; si dejarlo ir y esperar a que viva otra vida o conformarte con un viejo. El escenario que propones es muy desolador.

—¿Qué pasará si tengo éxito?... Me da miedo, no quiero perderlo otra vez.

—Vivirán su amor el tiempo que sea. Si muere, volverá a vagar hasta que lo halles otra vez... Ya encontrarás tus opciones para mantenerlo a tu lado. El ritual de Deméter es una buena alternativa, aunque nunca ha funcionado... Pero estoy divagando, primero encuéntralo, y ya veremos qué harás después.

Caicai no tenía palabras. Solo asintió con genuina gratitud, aceptando lo único que Hades podía ofrecerle.

*El precio para volver a estar juntos, era buscarlo eternamente.  
En el corazón de la nereida solo quedaba la esperanza.*

Caicai vagó durante siglos, y siempre volvía a las costas del sur del Nuevo Mundo con la esperanza de hallar el alma de Nawel. Nunca más supo de Leftrarú, sin embargo, confiaba en la palabra del señor del Inframundo.

Siguió el plan de Hades. Para el mundo de los dioses, ella era solo una minúscula nereida adicta a los placeres que le brindaba la simiente de los humanos, una deidad hedonista y solitaria que no se regía por ninguna ley. Una paria era un buen concepto para señalarla. Esa reputación se encargó ella misma de forjarla, difundirla y deformarla, fingiendo un comportamiento lascivo e insaciable, por lo que tenía la excusa perfecta para alejar a los dioses que siempre querían poseerla y, además, obtenía la libertad para buscar a Nawel.

Ella pasó de ser mito, a leyenda. Caicai no existía. Para los habitantes de la isla en la que perdió ante Zeus, Chiloé, ella era la Pincoya, una sensual princesa del mar que rescataba náufragos y determinaba la abundancia de la pesca. De cabellos dorados y vestida de algas, la princesa bailaba frente al mar. Los chilotes para ganar su favor, se encargaban de ser un pueblo alegre y celebraban constantemente con bailes, fiestas y banquetes.

Caicai necesitaba estar cerca de los hombres. Pero, la verdad sea dicha, nunca más se entregó. Ella y Nawel estaban vagando en la inmensidad del mundo; él esperándola sin saberlo, y ella, buscando su mirada en cada niño, joven, adulto y anciano.

Había veces en que se rendía y lloraba en el fondo del mar. Pero su esperanza era mucho más fuerte y la instaba a levantar la cabeza y perseverar otra vez. El alma de Nawel estaba en algún lugar, esperándola, anhelando unir nuevamente sus existencias.

Vaya tragedia. Hades tenía un negro y perverso sentido del humor.

No obstante, gracias a los últimos acontecimientos, Caicai llevaba casi un año postergando retomar su misión de búsqueda. El Olimpo y el nuevo orden eran prioridad, dado que ella misma había ayudado a propiciar a que eso ocurriera. Era una conspiradora. ¿Había valido la pena? ¡Por supuesto! ¿Hubo consecuencias? Indudablemente.

Zeus había dejado un problema y un misterio.

Después de la derrota del rey del rayo, Hefesto, Hades y Poseidón descubrieron que Zeus había sometido en un sueño profundo a todos los dioses que residían en el Olimpo. Por medio de amenazas, obligó a Hipnos a mantenerlos en ese estado por tres décadas.

Sin embargo, todavía dormían, a pesar de no estar bajo el influjo del poder del dios del sueño. El equilibrio del mundo comenzaba a tambalear.

Nada les hacía despertar.

Ese era un gran problema.

El misterio era... Eso, un gran misterio.

En el mismo lugar donde se llevó a cabo la ceremonia fúnebre de Zeus, comenzó a crecer un árbol que ya tenía ocho meses y medía dos metros de altura. Sus hojas verdes y perennes eran de forma oval lustrosas y gruesas. El tronco era derecho, y cilíndrico. Cuando el árbol llevaba poco tiempo de vida, su corteza era verde grisáceo y se cuajó de flores blancas grandes y perfumadas, las cuales se transformaron en un fruto, similar a un membrillo, mas su aroma era cítrico y su piel era verde como las manzanas. Al parecer, todavía no maduraba. Ni tampoco el árbol estaba del todo desarrollado, pese a su rápido crecimiento.

Pero, independiente de su fase de maduración, nadie se atrevía a probarlo o investigar qué propiedades poseía, ya fuera su fruto, su corteza o sus hojas. A fin de cuentas, ¿qué cosa buena podía provenir del dios loco?

La nereida estaba segura de que eso, precisamente, era la clave para el despertar de los dioses. La aparición de ese árbol no era algo antojadizo, debía haber un propósito. Pero primero tenía que convencer a los demás.

Caicai se levantó. La miríada de aciagos recuerdos le hizo perder la batalla por volver a conciliar el sueño. Su señor Hefesto, le confirió el título de Senescal del Olimpo y le había encomendado la misión de vigilar el fuego sagrado, ayudar en la casa de curación y observar el comportamiento del árbol de Zeus. Mientras tanto, él pasaba una temporada en la tierra junto a su esposa, Millaray, quien esperaba el nacimiento de su hijo —o hija, no lo sabía—, el primer dios engendrado en miles de años. Hades y Poseidón se encontraban en sus respectivos reinos, al tiempo que Perséfone y Deméter se encargaban de alimentar con ambrosía a los dioses dormidos.

Salió del palacio de Hefesto y ascendió por las escaleras de piedra, hasta llegar a lo más alto del Olimpo. En ese lugar se encontraba el nuevo Salón de Dioses, se emplazaba en el mismo sitio donde había estado el palacio de Zeus, el cual había sido destruido en la Gran Batalla Divina. Frente al Salón de Dioses estaba el árbol y, más allá, la fuente inagotable de ambrosía. En un nivel inferior, se encontraba el palacio de Hestia, lugar donde residía el fuego sagrado y, dado que la diosa permanecía dormida, Hefesto se había encargado de avivar y alimentar las llamas. De este modo, se lograba mantener el Olimpo oculto de los ojos humanos y sus ingeniosos aparatos. En ese mismo nivel, también estaba el palacio de Hera, que cumplía la función de ser la actual casa de curación de los dioses dormidos.

Estaba amaneciendo. Las estrellas desaparecían paulatinamente del firmamento y las aves comenzaban a darle la bienvenida a un nuevo día con su canto. En lontananza, Caicai pudo divisar que Helios, el señor del sol, hacía su recorrido habitual trayendo luz.

No debió esperar demasiado tiempo su llegada.

Cuando él se apeaba de su carruaje dorado, ella le hizo un vivaz gesto de saludo. Helios respondió de igual modo, alzó su mano hecha de bronce vivo y, acto seguido, se dirigió a su encuentro a paso firme.

—Buenos días, mi señor Helios —saludó Caicai con su tono jovial y desenfadado.

—Buenos días, mi señora Senescal —respondió solemne, poniendo una rodilla en el suelo y bajando la cabeza.

Sí, dada la ausencia del triunvirato, la nereida era la deidad con más alto rango en el Olimpo y se le debía tratar con la dignidad y respeto que su cargo imponía.

—¿Alguna novedad? —interrogó Caicai.

—Nuestros señores están listos para volver —informó al tiempo que se ponía de pie—. A esta hora deberían estar dirigiéndose al aeropuerto, prefirieron ser cautelosos y optaron por no usar los saltos de luz, dado el avanzado embarazo de nuestra señora Millaray.

—¡Al fin!

—Al fin —coincidió Helios—. La luna de miel suele ser así.

—La luna de miel del Señor de los Cuatro Elementos, para más inri —añadió Caicai con guasa—. No me sorprendería si todo el hemisferio sur sufre las consecuencias de ello; marejadas, temblores, trombas marinas y volcanes en erupción.

—Menos mal que están en una isla. Y ya han sabido controlar su influencia sobre los elementos. —Sonrió el dios del Sol—. Mi señor Hefesto pregunta si todo está en orden.

Caicai chasqueó su lengua.

—Debería enviarme un correo electrónico, no a usted de recadero —señaló ella, solo para contrariar a Helios.

—Hasta que no haya garantías de que el fuego sagrado nos permita usar libremente la tecnología humana, sin correr el riesgo de delatar nuestra ubicación, seguiremos usando los viejos métodos...

—Debemos agradecer que mi señor Hades no está fastidiando aquí por no poder usar su iPhone.

—Gracias a sus constantes llamados a nuestra señora Pandora y su excesiva dependencia a navegar por internet, surgió la duda del alcance de la protección del fuego sagrado.

—Nuestro señor Hades ya debe estar desesperado. Sus experimentos no pueden llevarse a cabo sin el Señor de los Cuatro Elementos —acotó la nereida.

—¿Y bien, mi señora? —Helios retomó el tema de conversación—. ¿No hay novedades?

—En eso estaba, precisamente. En la inspección de ayer todo estaba de las mil maravillas. ¿Me acompaña al recorrido matinal? —lo invitó, amable.

Las cosas habían mejorado. Helios ya no era un enemigo.

Pasaron primero por el árbol, todo permanecía igual que el día anterior. Helios, como todos los demás, no se atrevió a tocarlo.

La fuente, generosa como siempre, manaba la dulce ambrosía que ambos degustaron como rápido desayuno.

Descendieron hacia la casa de curación. No había cambios, todos dormidos.

A la postre, se internaron en el palacio de Hestia. El fuego sagrado estaba...

—Dioses —susurraron Caicai y Helios al mismo tiempo.

Las lenguas de fuego habían disminuido su altura. Duró mucho menos de lo que había previsto Hefesto.

—¿Cuánto cree que aguantará, mi señora? —preguntó Helios.

—Mi señor Hefesto pronosticó un año. Han pasado solo ocho meses... Menos mal que ya están preparándose para volver. Sin embargo, hay que observar y determinar la velocidad de extinción del fuego... —Suspiró—. Estoy cansada de observar. Necesito actuar.

—¿Por qué no le pide a su padre que la releve por un tiempo? Después de todo, él es el consejero real y está más que capacitado. Creo que usted se merece un descanso. Ha estado mucho tiempo alejada de su elemento —propuso Helios—. Creo que incluso es conveniente que el venerable Nereo esté al tanto de lo del fuego sagrado.

—Tiene razón... Iré ahora mismo. Gracias, mi señor Helios por su consejo.

El señor del sol asintió.

No pasaron más de diez segundos, y un haz de luz divina rodeó a la nereida y se la tragó, dejando a Helios a solas. Algo le pasaba a la Senescal, meditó. Seguramente, sí se trataba del cansancio de ejercer su cargo; el Olimpo dormido y en un precario equilibrio era una tarea pesada, aunque solo se tratara de observar.

Volvió a su carruaje, debía continuar con su recorrido solar.